BADIOU

CONTRA

TRUMP

Ci Capital intelectual

BADIOU

CONTRA

TRUMP

Ci Capital intelectual

Badiou contra Trump

Badiou contra Trump

Alain Badiou

Índice de contenido

Badiou, Alain Badiou contra Trump / Alain Badiou ; dirigido por José Natansor

Director: José Natanson

Coordinadora de la colección de libros de Capital Intelectual: Creusa Muñoz

Traducción: Andrea Romero.

Edición: Creusa Muñoz.

Diseño de tapa: Pablo Font.

Diagramación: Ariana Jenik.

Corrección: Mercedes Negro.

Comercialización y producción: Esteban Zabaljauregui.

Título de la edición original Trump, © Presses Universitaires de France / Humensis, 2020.

Paraguay 1535 (C1061ABC), Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Teléfono: (54-11) 4872-1300.

www.editorialcapin.com.ar

Pedidos en Argentina: pedidos@capin.com.ar

Digitalización: Proyecto451

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-987-614-611-1



Este libro reúne, en primer lugar, dos conferencias que dio Alain Badiou: una dictada en Los Ángeles dos días después de la elección de Donald Trump como presidente de Estados Unidos y la otra, dos semanas después en Boston. En segundo lugar, como cierre del libro, se presenta un análisis suyo, escrito años más tarde, donde analiza la administración de Donald Trump.

Introducción

Trump o la desaparición de lo político

¿Cómo es posible que un hombre como Donald Trump –imprevisible, misógino, xenófobo– se haya transformado en el presidente de la primera potencia mundial? En el siguiente extracto de la entrevista que mantuvo con Olivia Gesbert, el 20 de enero de 2020 en su programa de radio La Grande Table, Alain Badiou presenta las grandes líneas de su lectura de este fenómeno y el contexto en el que fueron pronunciadas las conferencias y el escrito final que dieron origen al libro.

—En el Foro de Davos de 2020 hablarán el mismo día Greta Thunberg y Donald Trump. El monstruo capitalista que usted describe en este corto ensayo titulado Trump ¿ya se devoró y digirió los problemas medioambientales?

—Donald Trump es un personaje que puede presentarse en cualquier lado. Es una de sus cualidades, se trata de esa especie de personajes teatrales que pueden actuar de maneras muy distintas. Incluso con una misma persona puede tener relaciones muy diferentes, basta con observar esa suerte de ballet que baila con el dirigente coreano. Hay un nudo de hostilidad constituido en Trump y también hay otras cosas que son caprichosas, flotantes, de las que habla temprano por las mañanas en sus muy diversos tweets. Trump es esencialmente escéptico sobre los problemas vinculados al clima, pero también puede hablar en cualquier tipo de contexto. En la jerga psicoanalítica podría decirse que es una persona que no tiene superyó, alguien que no se controla a sí mismo.

—¿Puede acaso la ecología formar parte de la contradicción a la que usted aspira? ¿Es una idea capaz proponer otra visión del mundo, alternativa a la mirada capitalista dominante?

—Algo que sabemos desde los tiempos de Marx es que el núcleo del capitalismo, aquello que nos permite hablar de capitalismo en coyunturas muy diferentes, es evidentemente que los grandes medios de producción, de intercambio y de distribución son apropiados en un registro privado. Ahora bien, que sean apropiados en un registro privado significa que en realidad la regla general que los contiene es la regla de la ganancia, una ganancia abstracta que finalmente hace un giro de autonomía financiera, eso es el capitalismo. Hasta tanto no se extirpe ese carácter normativo de la búsqueda de ganancia estaremos en la situación que conocemos desde el siglo XIX. Por ejemplo, ¿por qué aparecen tantos obstáculos para solucionar los problemas ligados al cambio climático? Porque solucionarlos impactaría en el estado actual de la producción, de su posesión, de la distribución de riquezas, y desequilibraría seriamente el nucleo del capitalismo.

—¿Por qué optó por este título tan simple, tan sobrio: Trump(1)? ¿Acaso hoy en día ese nombre resuena tan fuerte que no hace falta agregar nada más?

—Trato a Trump más bien como un síntoma. Es decir, este ensayo no es una descripción de las actividades de Trump que todo el mundo conoce, es en realidad el nombre de un síntoma. Y, en el fondo, me pregunto de qué será el síntoma este nombre. Es decir, cuál es el universo que hizo posible que Trump esté aquí como uno de los síntomas del mundo contemporáneo. Es por esa simple razón que no necesité decir otra cosa más que “Trump”. Pero también debo decir que el libro está totalmente marcado por su coyuntura original, que es una conferencia que dicté en inglés en Los Ángeles en el marco de la elección de Trump. Una conferencia que pronuncié delante de un público literalmente aterrorizado, porque durante buena parte de la noche se pensaba, y ellos desde luego lo pensaban, que Hillary Clinton ganaría esa elección. La elección de Trump se fue consolidando a lo largo de la noche y por lo tanto tenía ante mí aquel día a una masa de estudiantes y de profesores que aún estaban impactados. En ese contexto me interesaba el golpe que significaba esa palabra: “Trump”. Sentí que debía explicar el síntoma, ¿cómo era posible que esa cosa imprevisible, y para ellos terrible, hubiera podido suceder?

—En el libro describe a esa elección como un desastre, un horror. “Fue durante el horror de una profunda noche”, dice usted citando a Racine. Lo señala como un hecho negativo, pero no como un acontecimiento. ¿Cree que había indicios previos para sospechar que esa elección podía producirse?

—Ese tal vez sea el problema central que trata este libro. Lo que justamente intento decir es que sin que hubiera exactamente una premisa de Trump en tanto que Trump, que porta en sí una singular extravagancia, había algo que exhibía ya un mal funcionamiento de la democracia parlamentaria. Y no sólo en Estados Unidos sino en todo el mundo. Trump surgió como una anomalía en comparación con lo que lo había precedido. Y especialmente en Estados Unidos, porque venía después de otra anomalía que, a pesar de todo, era una anomalía de signo contrario. Me refiero a la elección de un presidente negro, a la investidura de Barack Obama. Esa elección fue presentada como una suerte de liberación de la cuestión negra en Estados Unidos, fue una especie de contraejemplo, pero, al mismo tiempo, era parte de una situación que podía ser analizada como un disfuncionamiento del sistema de partidos en el dispositivo parlamentario a escala mundial. Tal como sucede en Francia hoy en día, donde vemos que la derecha está dispersa, la izquierda está enferma, la extrema derecha sigue su curso y finalmente ha surgido un personaje “diagonal” encarnado en la figura del presidente Macron, en el caso de Estados Unidos la elección de Trump también es el signo de un desarreglo profundo de las relaciones “normales” entre Republicanos y Demócratas, es decir entre derecha e izquierda. Trump es excesivo incluso para la propia derecha, tanto como Hillary Clinton era “deficitaria” para la izquierda, en ese contraste se basó el éxito de Trump.

—*¿Para usted Bernie Sanders habría sido el verdadero adversario de Trump?*

—Sí, creo de todas formas que Sanders no hubiera sido electo. Pero creo que esa habría sido una verdadera simetría, habría reemplazado la simetría izquierda-derecha por una simetría anexa: extrema izquierda-extrema derecha. Porque creo que hoy el juego entre dos está siendo progresivamente reemplazado por un juego entre cuatro. Es decir, allí donde antes teníamos a la izquierda y a la derecha, sus combinaciones, sus alianzas y también, hay que decirlo, sus parecidos en cuestiones de fondo, ahora tenemos desbordes por derecha e

intentos de desborde por izquierda que crean una nueva situación. En muchos países los desbordes por izquierda no asumen un formato parlamentario, sino que toman la forma de movimientos. Es decir que hoy tenemos movimientos en lugar de extremas izquierdas, una izquierda en descomposición, tenemos derechas debilitadas y extremas derechas muy constituidas y muy bien organizadas. Ese pasaje del juego de a dos a de a cuatro creo es el contexto de fondo de la elección de Trump y un fenómeno casi mundial. En algunos aspectos, y por supuesto no comparo a los dos personajes, en Francia también fue ese el contexto de la elección de Macron, que fue electo en un momento de debacle de la izquierda para frenar a la extrema derecha. Ese tipo de configuraciones puede en efecto permitir el surgimiento de personajes imprevisibles.

▪

1- El título original del libro en su edición francesa es Trump.

EL ASCENSO DEL FASCISMO DEMOCRÁTICO

La noche que me enteré de la victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales de Estados Unidos, me vino a la mente un hermoso verso de Racine: “Fue durante el horror de una profunda noche…”. Quizás Racine estaba pensando en la elección de Trump... En todo caso, la elección de Trump, que hora tras hora se volvía más amenazante, fue transformando la profundidad de aquella noche en algo horrible.

En estas circunstancias, y en la profundidad de la noche californiana, me ví obligado en cierto modo a analizar lo sucedido. La victoria de Trump fue para mí, como para casi todos mis colegas estadounidenses, una especie de sorpresa; ese tipo de sorpresas que suele generar sentimientos de depresión, miedo e incluso pánico… Sin embargo, la filosofía, o al menos mi filosofía, afirma que, por más inevitables que sean, ninguno de estos sentimientos permite elaborar una auténtica respuesta política a este desastre. Porque estas emociones de angustia son, de algún modo, una declaración negativa de la victoria de Trump, prácticamente una manera de hacerle un tributo. Por lo tanto, es necesario dejar atrás el miedo, la decepción y la depresión. Hoy más que nunca, tenemos que pensar la situación política de nuestro mundo para poder dar una respuesta racional a una pregunta urgente y a la vez recurrente: ¿qué está sucediendo en el mundo contemporáneo para que estas elecciones hayan podido desembocar en tal horror? ¿Cómo es posible que alguien como Trump haya sido elegido presidente de los Estados Unidos de América, la potencia imperial más grande del mundo?

Es por eso que mi objetivo no será presentar una explicación completa, sino al menos una aclaración de qué es lo que hizo posible este hecho deprimente. También intentaré someter a discusión algunas reflexiones sobre cómo debemos afrontar aquello que se produjo durante el horror de una profunda noche, y sobre lo que tenemos que hacer para escapar a la presión de los sentimientos negativos y depresivos que nos impiden estar al nivel que exigen hoy el pensamiento, la acción y la determinación política.

Comenzaré, entonces, haciendo un panorama muy general, no de la situación de Estados Unidos, sino de la situación mundial tal como lo conocemos hoy en día. ¿Qué hace posible que en este mundo se produzca una elección como la de Trump, así como otros hechos extremadamente negativos y siniestros? Empezaré por el punto más evidente y a la vez más importante: la victoria, a escala mundial, del capitalismo liberal. Y quiero hacer especial hincapié en este

aspecto. Desde la década de 1980, es decir, desde hace cuarenta años, somos testigos de la victoria histórica del capitalismo globalizado. Existen muchas razones que explican esta victoria. La más importante es, sin duda, el fracaso de los grandes Estados socialistas, como Rusia y China, y, en términos más generales, la desaparición en casi todo el mundo de la visión colectivista de la economía y de las leyes sociales, incluso bajo una forma meramente programática. Esta desaparición se extiende hoy al campo de la teoría y sobre todo de la filosofía. El comunismo y su base teórica marxista-leninista son vistos como cosas del pasado, como reliquias de ideas y conflictos que ya no son nuestros. Atrás quedaron los días en que Sartre podía declarar que el marxismo era el "horizonte insuperable de nuestro tiempo". De hecho, hoy se considera al marxismo o bien como una doctrina académica más, que se estudia y critica en las facultades de economía y derecho, o como una ideología obsoleta. Este punto no es en modo alguno secundario, ya que significa que los cambios del mundo, desde los años ochenta, han repercutido no sólo en la realidad objetiva sino también en las subjetividades activas.

Durante más de dos siglos, desde la filosofía francesa del siglo XVIII hasta los grandes movimientos de protesta de las décadas de 1960 y 1970, la opinión pública sobre el destino de la humanidad estuvo dividida en dos corrientes de pensamiento opuestas. La primera ha sido la oposición entre la visión republicana del Estado y el despotismo monárquico. Luego, esta tomó la forma de una oposición entre la doctrina liberal de la economía de mercado y las diferentes variantes de socialismo o comunismo. Para el liberalismo, en el sentido clásico del término, la propiedad privada es el factor clave de la organización social, a expensas, desde luego, de enormes desigualdades. Pero, para el pensamiento liberal, todo tiene un precio. La segunda, del lado del socialismo, el comunismo o incluso el anarquismo, en el sentido más abstracto del término, el objetivo principal de la actividad humana es poner fin a las desigualdades, aun cuando esto requiera de una revolución violenta.

Por consiguiente, por un lado tenemos una visión supuestamente pacífica, legal y constitucional de la continuidad indefinida de algo antiguo, que se remonta a la época neolítica: la organización de toda la riqueza y de la totalidad de los medios de producción bajo la forma legal de la propiedad privada y bajo la protección de la policía, que, desde hace miles de años, es considerada como el verdadero corazón de la vida social de la humanidad. Por el otro, tenemos la convicción, que comenzó con Rousseau y la Revolución Francesa, de que la humanidad, al menos desde la revolución neolítica, debe aceptar una segunda ruptura

fundamental que consiste en rechazar la dominación de la propiedad privada. Este último camino se propone terminar con las desigualdades mediante una organización colectiva de la producción, el trabajo y los intercambios.

Así, durante al menos dos siglos, nos hemos encontrado ante una elección estratégica que concernía no sólo a los hechos y las decisiones políticas locales, las limitaciones nacionales, las guerras y las confrontaciones de todo tipo, sino, a decir verdad, a la orientación general, al futuro histórico de la humanidad entera.

Sin embargo, hace cuatro décadas asistimos –al parecer– a la desaparición de este tipo de elección. Hoy en día la idea dominante es que, precisamente, no existe una elección global, ya que hay sólo una orientación estratégica viable. Como Margaret Thatcher solía repetir: “No existe otra solución”. Con esas palabras, la primera ministra no promovía la superioridad del capitalismo y la economía de mercado por sobre un adversario colectivo real, sino la soledad histórica de este capitalismo. Para Thatcher, tal como afirma hoy la ideología dominante, sólo había un camino, una única solución, para el futuro de la humanidad: el capitalismo globalizado.

Observen que Thatcher tampoco afirmaba que este capitalismo –eruditamente llamado “economía de mercado” y ante el cual no había alternativa, como tampoco ante las monstruosas desigualdades que ocasiona– fuera perfecto o excelente. Esa no era su preocupación. Lo importante era que se trataba de la única solución. Deberíamos entonces reemplazar lo que los comunistas chinos de la época de Mao llamaban “la lucha entre dos caminos” –es decir, la lucha entre el comunismo y el capitalismo– por un consenso imperativo, impuesto por la existencia de una sola posibilidad real, a saber, el capitalismo.

La propaganda contemporánea a favor del capitalismo liberal no afirma en absoluto que este sea excelente y responda a todas las necesidades materiales e intelectuales de la humanidad. Todo el mundo sabe que la perpetuación de las desigualdades que provoca el capitalismo, y en particular la ley de concentración del capital, tiene pocas probabilidades de ser promocionada como destino digno para la humanidad. Sartre decía que si la especie humana no pudiera superar este sistema, no sería más recordada que la especie de hormigas. “Tal vez”, responden los liberales que gobiernan hoy en día. “Pero es la única posibilidad real, las demás son peores y, por ende, imposibles. Si no, miren a Rusia o a China”. La fuerza del capitalismo liberal radica en su afirmación de ser el único camino. Ni siquiera necesita declarar que es el mejor, ya que logró convencer a

casi todo el mundo de que no existe otro camino u otra solución. Puede ser que, como decía Sartre, seamos hormigas, pero, después de todo, más vale ser hormiga que no ser nada.

Podríamos definir el momento actual como aquel en el que se impuso esta creencia de que el capitalismo que domina virtualmente todo el planeta es el único destino posible de la especie humana. Al mismo tiempo, esto nos proporciona una definición del sujeto humano. ¿Qué es pues, para la visión liberal dominante, un sujeto humano? Un sujeto humano es un propietario de capital. Y si no es un regente del capital, es un empleado asalariado. En cualquier caso, es necesario que sea un consumidor que compra en el mercado los medios para su subsistencia. Si no es propietario, ni empleado, ni consumidor, entonces no es nada.

Pero, ¿cuáles son las consecuencias políticas de esta visión dominante del mundo según la cual sólo existe un camino estratégico para toda la humanidad? En primer lugar, todos los gobiernos deben compartir dicha visión. En el mundo contemporáneo, no se toleraría durante mucho tiempo a un jefe de Estado que no la acepte. Ningún gobierno, en ningún lugar del mundo, puede oponerse sin provocar una crisis que lo lleve a su caída. Esto vale para el reciente gobierno "socialista" de Francia o el Partido Comunista en China, así como para los gobiernos ingleses o alemanes, para los dirigentes de India o Japón, y para el presidente de Estados Unidos, ya sea Obama, Clinton o Trump. Todos dicen lo mismo: el capitalismo es el único camino que puede garantizar la supervivencia de la especie humana.

Creo que hoy toda decisión política a nivel estatal depende de lo que yo llamaría un monstruo, el monstruo capitalista, con sus desigualdades, crisis y guerras. No es verdad que un gobierno puede ser una entidad autónoma. Desde el primer momento, está vinculado por una determinación que abarca un todo y, por ende, debe afirmar que lo que hace, o mejor dicho, lo que puede hacer depende de su adhesión a las leyes de esta determinación, es decir, a las leyes del monstruo.

Y el monstruo se vuelve cada día más monstruoso. De hecho, en los últimos cuarenta años, hemos podido constatar que los efectos de la ley fundamental de la concentración de capital son extraordinarios, en el sentido literal de la palabra. Después de todo, no hay que pasar por alto que, en la actualidad, doscientas sesenta y cuatro personas tienen, por herencia o ingresos, tanto patrimonio como las otras siete mil millones que habitan este planeta. Se trata de un desequilibrio

mucho más importante del que pudo haber tenido lugar en la época de las monarquías absolutas. Las desigualdades del mundo contemporáneo son mucho más grandes que las de cualquier otro período de la historia. La ley fundamental del monstruo en cuestión no se define, científicamente –y esta es la esencia del marxismo–, mediante una mayor libertad, sino mediante una mayor desigualdad.

Hoy en día, el papel del Estado es el mismo en todas partes del mundo: proteger las desigualdades, proteger al monstruo. Ya sea que hablemos del gobierno socialista francés, del gobierno conservador alemán, del Partido Comunista Chino, del poder de Putin en Rusia, del Estado colonial de Israel, del Estado Islámico en Siria o del presidente de Estados Unidos, todos tienen el mismo lema: ocupar un lugar, pequeño o grande, en el desarrollo del monstruo, es decir, ser o convertirse en un jugador respetado en el frenesí internacional del mercado. Como consecuencia, la totalidad de la oligarquía política, la totalidad de las clases dirigentes, termina constituyendo un único grupo de personas que, aunque tienen la misma idea sobre el destino de la humanidad, dividen la competencia para obtener los mejores lugares. Las grandes oposiciones tradicionales –republicanos contra demócratas, derecha contra izquierda, conservadores contra laboristas– se han vuelto meras abstracciones vinculadas a una época pasada, dado que todas estas supuestas divisiones descansan en la misma convicción, en la misma base política y económica. Todas están atravesadas, minadas y finalmente anuladas por el hecho al que suscribe todo político y todo gobierno: en la medida en que el futuro de la humanidad esté en juego, sólo existe un único partido, el del capitalismo.

Lo que ocurre en este momento es que dicha oligarquía política se ha visto debilitada en el mundo occidental y poco a poco está perdiendo el control de la máquina capitalista. Por definición, el capitalismo global se preocupa muy poco por los efectos devastadores que causa en tal o cual país. Y si bien la burguesía contemporánea tiene, en cierta medida, un carácter global y vive tan cómodamente en Shanghái como en Chicago, Berlín o San Pablo, los políticos, en general, ejercen sus funciones a nivel nacional, incluso si dependen en gran medida de la situación de las multinacionales. Los gobiernos, a raíz de graves crisis, falsas promesas o “soluciones inapropiadas”, suelen provocar entre su propio pueblo –y a gran escala– frustraciones, malentendidos, ansiedades y ligeras revueltas. Estos diversos sentimientos negativos en el pueblo representan, incluso de manera anárquica y confusa, un desafío para el único camino, el del monstruo, alimentado hoy día, con algunos matices, por todos los miembros de la clase política.

En la actualidad, el ejercicio de la política es el ejercicio de muy pequeñas diferencias dentro del mismo camino global, de la misma orientación. Sin embargo, esta compacidad global ocasiona efectos de desorientación en los pueblos: nadie logra concebir con claridad cómo podría ser una vida con una verdadera dirección, ni qué forma podría tener una visión estratégica realmente positiva para el futuro de la humanidad. En este tipo de situaciones, gran parte de la gente busca respuestas en falsas novedades, visiones irracionales o incluso regresa a tradiciones muertas. De modo que, frente a la oligarquía política tradicional, vemos aparecer, más que políticos burgueses con experiencia, una nueva especie de activistas, que defienden propuestas violentas y demagógicas, y parecen tomar cada vez más como modelo a los gánsteres y a la mafia. Hemos conocido este nuevo estilo de políticos en Francia con Sarkozy y su pandilla; en Italia con Berlusconi y su mafia y, desde las últimas elecciones presidenciales en Estados Unidos, con Trump, el vulgar e incoherente multimillonario.

Se suele decir que estas nuevas figuras políticas –Trump, pero también muchas otras en el mundo– se parecen a los fascistas de la década de 1930. Desde luego que existe cierta semejanza. Pero, por desgracia, también existe una diferencia importante: las nuevas figuras políticas de nuestros días ya no deben enfrentarse a poderosos e intratables enemigos como la Unión Soviética y los partidos comunistas. Podríamos decir entonces que se trata de una especie de “fascismo democrático”, denominación que, aunque paradójica, resulta apropiada. Después de todo, los Berlusconi, los Sarkozy, los Le Pen y los Trump operan en el marco del aparato democrático con sus elecciones, oposiciones, escándalos, etc. Pero, en ese mismo marco, interpretan algo diferente, otra música. Sin duda, esto es lo que sucede con Trump, que además de ser racista, machista y violento –todas características fascistas–, muestra desprecio por la lógica y la racionalidad, y un odio oculto hacia los intelectuales. La música que se ajusta a este tipo de fascismo democrático es un discurso que no se preocupa por la coherencia, un discurso impulsivo, que se limita a algunos tweets nocturnos y le impone al lenguaje una especie de dislocación, que le permite decir cualquier cosa o nada y lo contrario de nada. Porque, para estas nuevas figuras políticas, el lenguaje no sirve para explicar algo o defender un punto de vista de manera articulada, sino para producir emociones: un lenguaje afectivo que crea, fugazmente, la impresión de una unidad poderosa y artificial, pero práctica.

En Trump, encontramos una vulgaridad deliberada, una relación patológica con las mujeres y un ejercicio calculado del derecho a decir públicamente cosas que hoy resultan inaceptables para gran parte de los seres humanos. Al igual que en

Hungría con Orbán, en India o en Filipinas, en Polonia o en la Turquía de Erdoğan. En todas partes del mundo somos testigos de este fascismo democrático que aparenta ser una novedad artificial, un lenguaje diferente de promesas violentas, que es interno a las prácticas parlamentarias de la "democracia" capitalista moderna, pero a la vez, externo. Es algo que se encuentra sin duda en el terreno de ese único camino que proponen todos los gobiernos del mundo, pero que orquesta la situación de una manera diferente a la que ofrecen los políticos clásicos de la burguesía cultivada. Trump y su pandilla producen, en el interior mismo del consenso capitalista global, un falso efecto de novedad. Es un poco como un precursor alucinante de un "nuevo camino", aunque, en realidad, sigue plantado con firmeza en el camino de la oligarquía dominante, cultivada o no. Trump ocupa por el momento una posición que le permite proclamar que hay algo nuevo, a saber "Trump" –el nombre y la cosa–, mientras que, si observamos de cerca, sus declaraciones nacionalistas, sexistas, racistas y fuertemente favorables a la propiedad privada son de todo menos nuevas.

Nos encontramos entonces en una época en la que las cosas más viejas del mundo –las tradiciones más nefastas y más espantosas de la religión o el regreso a un capitalismo colonial primitivo, con toda la arrogancia y vulgaridad de los propietarios de esclavos– pueden aparecer como novedades porque son sólo modulaciones olvidadas del único camino que se nos debe forzosamente imponer. De algún modo, el fascismo democrático no es más que una nueva versión de políticas viejas, bajo la ley activa y solitaria de la concentración mundial del capital.

*

* *

Intentemos ahora proceder de manera más sistemática. Debemos considerar que nos encontramos ante una dialéctica entre cuatro términos.

1. En primer lugar, tenemos la brutalidad sin límites y la violencia ciega del capitalismo actual. Es verdad que aquí, en Occidente, y sobre todo en la Vieja Europa, no vemos los efectos secundarios de esa violencia. Pero si estuviésemos en África, Medio Oriente, Asia o América del Sur, podríamos verlos al descubierto. De todos modos, incluso nosotros somos testigos del retorno progresivo del capitalismo a su verdadera esencia, es decir, al culto del éxito a cuesta de los demás, al desmantelamiento de medidas de protección social, a la lucha salvaje de unos contra otros por la dominación.

2. En segundo lugar, asistimos a la descomposición de la oligarquía política clásica, al fin de la existencia de una clase dominante cultivada y a la aparición de lo que he llamado "fascismo democrático". Por supuesto que no sabemos cuál es el futuro de este fenómeno. Tampoco cuál es el futuro de Trump. Nosotros no lo sabemos, y es probable que el mismo Trump no sepa cuál va a ser su propio destino. Esto ya se podía vislumbrar la noche de su victoria. Primero vimos a un Trump satisfecho de sí mismo y de la campaña electoral; luego, a un Trump en el poder, que parecía un poco asustado. Él sabe que no puede hablar con tanta libertad como antes. Hablar con libertad, pronunciar groserías, fue, de algún modo, la causa de su éxito, de su falsa novedad. Pero ahora, con las trampas del gobierno, la administración, el ejército, los economistas, los banqueros y el Congreso, es otra historia. Durante la noche de las elecciones, lo hemos visto pasar de un estilo musical a otro, de un género teatral a otro. En esta escena no actuó ni cantó tan bien como en las anteriores, ya no era una "novedad". No obstante, no sabemos qué margen de maniobra puede llegar a tener este personaje durante su administración. Lo que sí sabemos con certeza es que es el símbolo de la descomposición de la oligarquía política tradicional y del nacimiento de la figura de un nuevo fascismo, cuyo futuro es incierto, pero que, después de todo, seguro no será un futuro muy interesante para aquellos que tengan que padecerlo.

3. Es por esto que también sentimos una frustración popular, una sensación de oscuro desorden, de temor por el futuro, de estar atrapados en un callejón sin salida. Este sentimiento está presente en una parte de la clase media, pero sobre todo en los pobres, los habitantes de los estados provinciales, los campesinos de varias regiones del mundo, en fin, en toda esa franja de la población que la

brutalidad del capitalismo contemporáneo ha reducido a la invisibilidad y oscuridad, que no tiene ni dinero ni nada para orientar su propia existencia. Este tercer punto es muy importante en la situación general del mundo contemporáneo: la falta de orientación, de estabilidad, y esa sensación de que han destruido nuestro mundo, pero no lo han reemplazado por uno nuevo en el que podríamos renacer, es una especie de destrucción absurda.

4. Por último, debemos enfrentar la ausencia total de otra estrategia política, la completa falta de otro camino. Se trata de una opresión específica, resultado de lo que a veces se denomina "política sin alternativa", que ha puesto fin a la inmensa esperanza histórica de una sociedad más justa. Una esperanza que ha permanecido viva desde 1972 hasta 1980.

Existen, sin duda, muchas experiencias políticas locales. No estoy diciendo que no haya ninguna política auténticamente diferente a la política dominante. Todos sabemos que hay disturbios, nuevas conquistas en grandes ciudades, nuevas movilizaciones, un nuevo activismo ecológico, etc. El problema no es que no haya formas de resistencia o revuelta, sino que todos los demás caminos estratégicos, es decir, todas las convicciones que podrían tener la misma fuerza que la creencia contemporánea de que el capitalismo es el único camino posible, son insuficientes. Es la falta de lo que yo llamo una idea, una gran idea. Sólo esta gran idea podría unificar, de manera estratégica y global, todas las formas de resistencia e invención política. Sólo esta idea podría desempeñar el papel de mediador entre el sujeto individual y la tarea política colectiva de la emancipación comunista. Sólo esta idea podría asimismo permitir una acción que reúna subjetividades muy diferentes bajo la luminosa dominación de una idea compartida.

Los cuatro términos de esta dialéctica que gobiernan la historia del mundo contemporáneo son entonces: 1. la dominación estratégica del capitalismo global, 2. la descomposición de la oligarquía burguesa tradicional, 3. la desorientación y frustración de los pueblos y 4. la falta de otro camino estratégico, la debilidad –digamos la palabra– de la hipótesis comunista. Estos

cuatro términos constituyen la crisis mundial contemporánea, que no se puede reducir a la crisis económica que comenzó en 2007, sino que se trata más bien de una crisis de la subjetividad, ya que, en este contexto, el destino histórico de la especie humana se está volviendo cada vez más oscuro.

*

*   *

Ha llegado el momento de hacernos la famosa pregunta de Lenin: ¿qué hacer?

En cuanto a la elección de Trump, creo que, ante todo, debemos decir que una de las razones del éxito de este extraño personaje es que la contradicción real, hoy día la más importante, no puede darse entre dos formas del mismo mundo. No puede ser inherente al único camino que nos han impuesto: el del capitalismo global, las guerras imperialistas y la ausencia de toda idea sobre el destino histórico de la especie humana. Sé que Hillary Clinton y Donald Trump son muy diferentes. Ella viene del corazón mismo del establishment clásico, mientras que él viene del sector “ultra” del partido reaccionario. Ella ha sido miembro del gabinete de Obama, por el cual Trump siente una especie de odio racista. Sí, la gran burguesía tradicional y el nuevo fascismo democrático son diferentes, y entiendo perfectamente que, después de todo, la prefiramos a ella antes que a él. Sin embargo, no podemos olvidar que sus diferencias están dentro del mismo mundo y no expresan dos visiones o dos estrategias políticas fundamentalmente opuestas. A mi entender, Trump tuvo éxito precisamente porque la contradicción real del mundo actual, la verdadera oposición entre dos visiones antagónicas, no podía simbolizarse de ninguna manera mediante la elección entre él y Hillary Clinton. A pesar de sus diferencias de estilo, los dos pertenecen, en verdad, a esta pequeña oligarquía que capitaliza cualquier beneficio a escala mundial.

En realidad, fue durante las primarias y los debates políticos que precedieron a las elecciones presidenciales cuando se manifestó la verdadera contradicción. Se expresó de manera atenuada, ya que no podemos pedirle demasiado a la opinión pública dominante, que se encuentra en el centro del monstruo mundial. La

verdadera contradicción ha sido, en mi opinión, entre Trump, un “ultra” fascista del Partido Republicano, y Bernie Sanders, un ultra socialista del Partido Demócrata.

Podríamos presentar todo tipo de objeciones. Podríamos decir que Trump, al ser un fascista democrático, es una figura demasiado bizarra para representar válidamente el todopoderoso capital; que Bernie Sanders, por su parte, representa de manera más bien débil la posibilidad de otro camino estratégico, que está lejos de ser el comunista de la nueva era. Cabe observar además que, durante las elecciones generales, Bernie Sanders –nos guste o no– apoyó a Hillary Clinton. Es cierto, pero en el nivel de la simbolización, tan importante en la política, la contradicción real de nuestro mundo estaba mejor representada por la oposición entre Trump y Sanders que por el tándem Trump/Clinton. En los discursos de Sanders, había puntos que iban más allá de las exigencias del mundo actual, que se desviaban en parte de ese único camino, mientras que en los discursos de Hillary Clinton no se observó ninguna propuesta de este tipo.

Esto nos brinda una útil lección de dialéctica sobre las diferentes formas de contradicción. Aquella que oponía a Hillary Clinton con Donald Trump, por más intensa que fuera, era sin embargo más relativa que absoluta, ya que se trataba de una contradicción dentro de los mismos parámetros. En cambio, la contradicción entre Trump y Sanders representaba al menos el embrión de una visión del mundo que se encontraba más allá de la que se nos impone. Trump defendía una subjetividad pseudopopular, reaccionaria y oscura. Sanders, por el contrario, apoyaba una subjetividad popular activa y clara, que buscaba orientarse por sí misma hacia modos de existencia por fuera del monstruo, superando las limitaciones del camino único. Es cierto que esta posible exterioridad era opaca y moderada, pero representaba el valor necesario para buscar y encontrar la experiencia práctica de otro camino.

Podemos decir entonces que los resultados de las elecciones fueron de naturaleza conservadora, no tanto por la victoria de Trump y los reaccionarios del Partido Republicano, sino porque resultaron de una falsa contradicción que se presentó como verdadera. En consecuencia, estas elecciones –y esto es válido para muchas de las futuras elecciones en otros países– nos exigen que inventemos una situación totalmente innovadora. No podemos conformarnos con personas como Hillary Clinton u otras de la misma especie. Debemos crear, si es posible, un retorno a una verdadera contradicción. Esta es la lección del horrible suceso, la elección como presidente de Trump, que tuvo lugar en una profunda noche.

Nuestra tarea ahora consiste en construir una orientación política que vaya mucho más allá de las leyes del mundo tal como es, asumiendo el riesgo de que, al principio, las cosas puedan no ser muy claras, e incluso mostrarse imposibles. En este punto, cabe recordar la frase de Lacan según la cual “lo real es lo imposible”. Debemos regresar a la verdadera contradicción entre una política al servicio del capitalismo y una política al servicio del pueblo.

Después de Trump, ya no podemos contentarnos con una simple continuación. Debemos empezar algo nuevo. No alcanza con criticar, negar y resistir. Nuestra tarea es asegurar un nuevo comienzo. El primer desafío es impulsar, en la opinión pública, una elección estratégica fundamental entre dos orientaciones que, personalmente, yo denomino la orientación capitalista y la orientación comunista (aunque es posible darles otros nombres). Debemos regresar a lo que fue la base de los grandes movimientos políticos del siglo XIX y los primeros tres cuartos del siglo XX, que tenían como objetivo principal establecer lo “en-común” (de ahí la palabra “comunismo”) en todos los grandes procesos de producción e intercambio. Y para que esto suceda, debemos promover la abolición, en un número considerable de sectores, de la dictadura de la propiedad privada y de la búsqueda del beneficio máximo para una pequeña minoría.

La verdadera esencia de la política actual es sentar las bases para este nuevo comienzo, abandonar la contrarrevolución que nos ha dominado durante los últimos cuarenta años y crear las condiciones de un retorno a una elección fundamental entre dos caminos. Pues, cuando hay sólo un camino, una única orientación estratégica, la política desaparece progresivamente. Trump es el símbolo mismo de esta especie de desaparición. ¿En qué consiste su “política”? Nadie lo sabe porque Trump es, más que un político, una figura, un personaje. Regresar a la política significa regresar a la existencia de una elección real.

En resumen, en el nivel de las generalidades filosóficas, podemos decir que el gesto político fundamental consiste hoy en un retorno a la dialéctica, es decir, en un retorno al verdadero Dos, que deje atrás al falso Uno. Y en toda situación, debemos ser nosotros los astutos y tenaces militantes de este retorno.

Dos días después de la elección de Trump.

Universidad de California, Los Ángeles.

DECONSTRUIR PARA CONSTRUIR

Me gustaría motivarlos a hacer algunas reflexiones filosóficas sobre la elección de Trump. Esta elección no representa en sí misma un gran acontecimiento filosófico, pero es un hecho muy interesante por varios motivos. ¿Se trata de un verdadero desastre, del principio del fin de la libertad democrática, del triunfo del racismo, el sexismo o la violencia social? Sin duda, es una fecha oscura para la libertad, la justicia y la igualdad, y sé que muchas personas se sienten ansiosas, deprimidas y asustadas por el futuro de Estados Unidos y, en definitiva, del mundo entero. Entiendo también que estén enojadas, que se manifiesten en contra de todo lo que el nuevo presidente representa: la violencia, la vulgaridad, la corrupción y el desprecio por las vidas difíciles de millones de personas. Estoy del lado de las manifestaciones que están llevando a cabo miles de jóvenes, hombres y mujeres. Pero, en cierto sentido, hay que admitir que, de por sí, el propio Donald Trump es algo oscuro y no muy interesante. Por eso, debemos superar nuestra ansiedad y llegar a un punto de calma, determinación y lucidez. Después de todo, Trump es como una mancha en la cara del mundo político contemporáneo y hay que interpretarla como un síntoma detestable de la situación general, no sólo de Estados Unidos, sino del mundo entero, de ese mundo en el que vivimos. Sugiero, por ende, que tomemos la elección de Donald Trump como punto de partida para reflexionar sobre el mundo contemporáneo. Si se quiere, se trata de reconstruir a Trump como categoría filosófica –lo que sin duda representa una seria transformación– en tres etapas: primero, mediante la situación global del mundo contemporáneo; luego, mediante la crisis política de lo que se denomina “democracia”, esa forma de estado del mundo occidental que tiene como centro a Estados Unidos, Europa y Japón, y, por último, mediante las elecciones a las que nos enfrentan las respuestas a la vieja pregunta: ahora que Trump está en el poder, ¿qué hacemos?

*

*   *

1. En primer lugar, es evidente –aunque aún es necesario insistir en este punto– que la situación general actual consiste en la completa victoria del capitalismo

global. Esto tiene muchas consecuencias. Una de ellas son las enormes desigualdades; les voy a dar un solo ejemplo: hoy en día, doscientas sesenta y cuatro personas tienen tanto dinero como las demás siete mil millones. Esta es probablemente la mayor desigualdad económica que la humanidad ha conocido. Al menos, es mucho más grande que la que tuvo lugar en los tiempos de la monarquía absoluta y la aristocracia. Se trata de una diferencia real, en la medida en que conduce a dos mundos completamente diferentes, a dos visiones completamente diferentes de la vida misma. Como ustedes saben, la ley fundamental del capitalismo, es decir, el proceso de concentración del capital, está creciendo a un ritmo acelerado, lo que significa que mañana ya no serán doscientas personas, sino, tal vez, sólo dos o tres. Asistiremos, por tanto, a la transformación de una especie de democracia financiera en una monarquía financiera. Este primer punto es muy importante, ya que no se puede observar por completo desde Occidente, mientras que en África, Asia o América Latina es una verdad evidente. Pero si queremos comprender lo que ocurre aquí, tenemos que comprender la situación del mundo entero. Sería un error examinar sólo nuestra situación, sin pensar en su relación con la situación mundial.

2. Ahora bien, ¿qué es el "sujeto contemporáneo"?, ¿qué opciones tiene? En mi opinión, dentro del capitalismo globalizado, el sujeto contemporáneo tiene cuatro posibilidades. La primera es ser un propietario de tierras o industrial, es decir, un capitalista. La segunda es ser a la vez un asalariado y un consumidor, es decir, vender su fuerza de trabajo para adquirir mercancías. El sujeto contemporáneo se encuentra, por ende, entre dos mercados: el mercado laboral y el mercado de productos. Esta segunda posición es la que ocupan millones de personas hoy en día. La tercera posibilidad es ser un campesino pobre, verdaderamente pobre, en África por ejemplo, de aquellos que están siempre al límite de la supervivencia. Y la cuarta posibilidad es no ser nada en absoluto, ni un consumidor, ni un asalariado, ni un campesino, ni un capitalista. Es muy probable que hoy en día haya tres mil millones de personas en esta situación, errando por el mundo en busca de un lugar para vivir. Este segundo punto, que hay que tener muy en claro, se refiere entonces a la distribución de las subjetividades y a la manera en que vive la gente.

3. El tercer punto se desprende del anterior. Lo que constituye la unidad del

mundo es la circulación de dinero, que es, en cierto modo, el resultado de la unidad monstruosa de todas estas determinaciones contradictorias. Este punto es muy importante hoy en día, pero también admito que es una hipótesis. De hecho, es un gran desafío entender por qué, por un lado, existen tantas personas que no tienen trabajo y erran por el mundo en busca de uno, mientras que, por el otro, a aquellos que sí tienen trabajo, la semana les resulta tan larga. En este contexto, resultaría razonable crear una semana de trabajo que se ajuste a dicha situación. Pero esto no es lo que sucede, sino todo lo contrario. En Francia, varios candidatos a presidente han propuesto ampliar la semana laboral de treinta y cinco a cuarenta horas. Sin embargo, en este país un gran porcentaje de la población está desempleada y erra en busca de trabajo. Parece, pues, que el capitalismo no es capaz de dar trabajo a la totalidad de la población mundial; es una especie de límite de sus posibilidades. Y es incapaz de darles trabajo a todos los individuos porque, como ustedes saben, los capitalistas sólo ofrecen empleos cuando pueden obtener beneficios. Esta es una ley a la vez compleja y evidente del capitalismo: el beneficio está íntimamente ligado a la duración de la semana de trabajo, y para obtener beneficios se necesita una semana de trabajo larga. Tal vez, el punto más importante hoy en día es que esta enorme masa de gente que erra en busca de un lugar donde vivir escapa a la dominación del capitalismo global. En otras palabras, si nos situamos en la perspectiva del capitalismo, tenemos un excedente de población, un excedente de personas sin futuro, sin razón para existir.

4. El cuarto punto, de naturaleza diferente, se refiere a la situación global y, más específicamente, a la constante afirmación de que sólo existe un camino para la humanidad, un único destino, a saber, la continuación del capitalismo global. Sería imposible entonces sostener una idea general que afirme la posibilidad de un camino diferente. A su vez, resulta sorprendente ver que hoy la verdadera naturaleza de la propaganda no consiste en argumentar que el capitalismo es algo maravilloso, ya que, con decir que no existe otra posibilidad, alcanza. El capitalismo es, de hecho, la primera organización social que puede proclamar que es muy mala sin que eso le traiga consecuencias. En el viejo mundo, bajo la monarquía, por ejemplo, estaba prohibido decir que el rey era malo, porque para que se mantuviera la estabilidad era necesario estar a favor del mundo tal como era. Se trataba de una subjetividad que tenía algo así como una fe en ese mundo. Pero eso ya no es así. En el capitalismo, basta con decir que nada más es posible. Tal era la posición de Churchill cuando declaraba: “Este no es un buen sistema,

pero es el mejor". El mejor, pero con la posibilidad de que pueda ser muy malo.

La falta de otro camino, de otra estrategia para la vida de la humanidad, es una cuestión muy importante hoy día. Nuestro mundo es muy diferente al de ayer, ya que entre 1917 (año de la Revolución Rusa) y fines de la década de 1970 (cuando fracasó la Revolución Cultural en China), sí existía otro camino estratégico. Por supuesto que sería necesario preguntarse por la validez de este otro camino, pero ese es otro problema; lo importante es que había dos posibilidades, ambas a escala global. Podríamos hablar largo y tendido sobre estas dos posibilidades y la relación entre ellas, o preguntarnos si la hipótesis comunista es verdaderamente aceptable, etc. Pero eso no quita que estas dos posibilidades existían y que la gran victoria del capitalismo globalizado ha hecho desaparecer, disolver, a los Estados socialistas, tanto a la Unión Soviética como a la China maoísta. Estas últimas son, sin duda, victorias empíricas concretas. Sin embargo, la victoria ideológica es aún más importante: se trata de la convicción de que, aunque el capitalismo no sea brillante y produzca monstruosas desigualdades, es lamentablemente la única posibilidad. Podemos decir que la reducción de dos posibilidades a una es un hecho crucial de los últimos tiempos: un consenso negativo, que no deriva en un entusiasmo general por el capitalismo. Sin embargo, el capitalismo no necesita un consenso positivo; lo único que necesita es que se imponga la idea negativa de que ninguna otra organización económica y social es posible y que, por ende, si bien pueden darse algunas transformaciones locales sobre temas menores, el sistema global no puede cambiar.

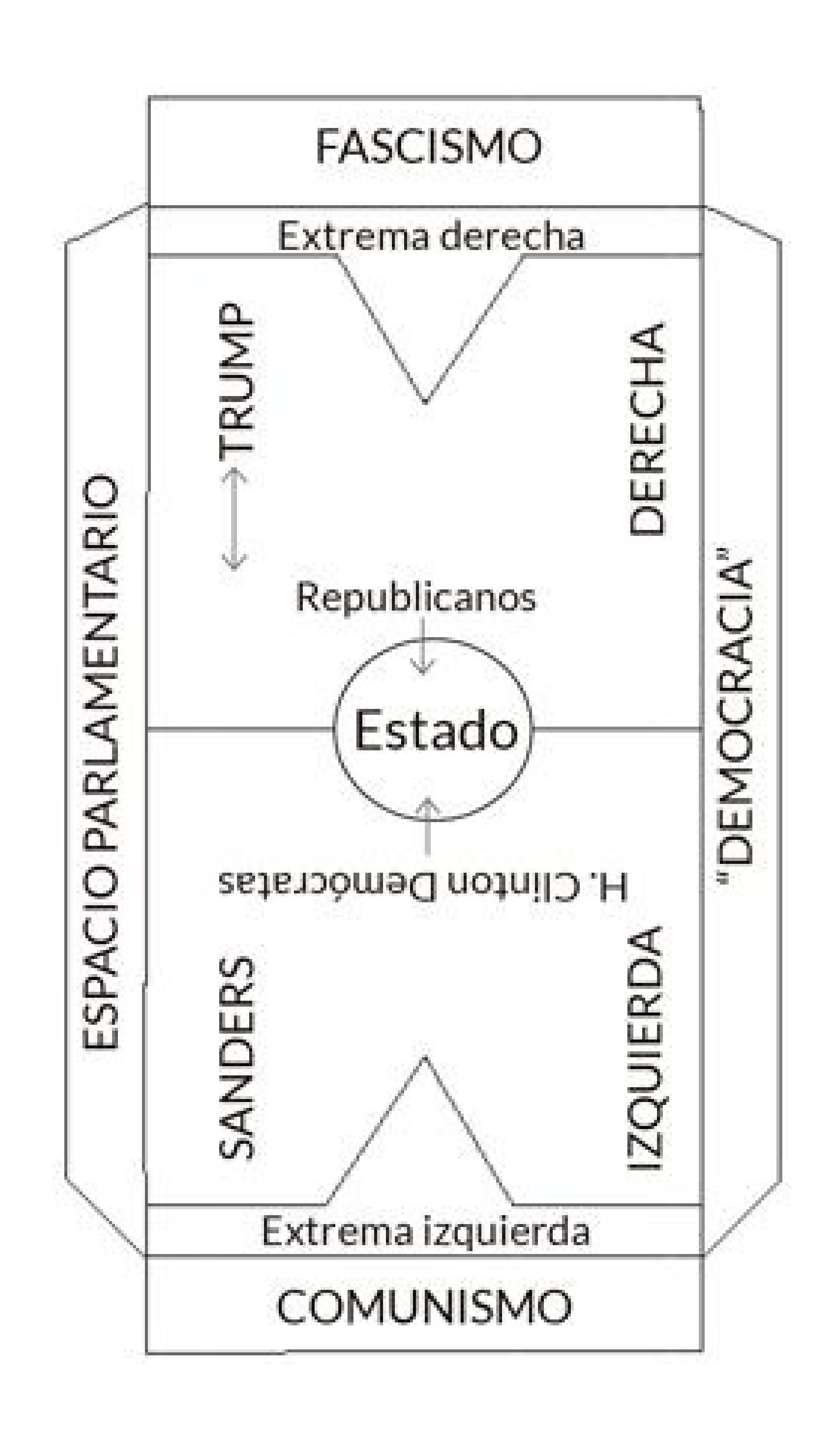
Todo esto forma parte de la visión general del mundo actual, un mundo en el que Trump representa, de cierto modo, una figura coherente.

*

*   *

Ahora me gustaría examinar los diferentes síntomas que ha producido el mundo actual en el campo político. Este mundo ha creado, de hecho, una importante

crisis política que afecta a la definición misma de la política, la democracia, el poder, el Estado y, en última instancia, a la necesidad de tener un gobierno. Para explicar esto con más claridad, utilizaré el siguiente esquema:


FASCISMO
Extrema derecha
TRUMP
DERECHA
ESPACIO PARLAMENTARIO
"DEMOCRACIA"
Republicanos
Estado
H. Clinton Demócratas
SANDERS
IZQUIERDA
Extrema izquierda
COMUNISMO

La superficie del fondo de mi esquema representa el mundo entero, la infinidad del mundo histórico contemporáneo. La política moderna comienza siempre por la idea de que este mundo no está unificado por completo, sino que está dividido en dos. Como notarán, el sistema democrático es un sistema en el que hay o mejor dicho, en el que tiene que haber al menos dos tendencias diferentes, ya que si hay una sola deja de haber elección. Sin embargo, la idea de la elección se basa en la idea de que tiene que haber sí o sí una razón que explique la existencia de dos partidos políticos diferentes, de dos orientaciones diferentes y, por ende, de una división de las subjetividades entre dos tendencias generales. Al observar la historia, comprobamos que, por un lado, existe una tendencia orientada a la universalidad y la igualdad y, por el otro, una tendencia orientada a la identidad y la jerarquía. Esta es la distinción más abstracta que se puede hacer entre la izquierda y la derecha, entre los demócratas y los republicanos, entre los comunistas y los capitalistas. Existen cantidad de nombres, historias y encarnaciones diferentes para nombrar esta distinción, pero, subjetivamente, nos situamos dentro de la polarización entre estas dos tendencias.

El sistema "democrático" se basa en las elecciones. La idea es que las dos tendencias dominantes se organicen en partidos y que luego se elija a una por mayoría electoral. Se trata entonces de un proceso de representación de dos tendencias y de la atribución del poder del Estado a una de ellas. Así es como, en general, funciona el sistema. Aquello que hoy en día se denomina la "clase política", o los "políticos profesionales", representa en el marco del espacio general la tensión entre las dos tendencias, bajo la forma de dos organizaciones o partidos diferentes. Así pues, por un lado están los demócratas o la izquierda y, por el otro, los republicanos o la derecha.

La característica fundamental de este tipo de sistema es que, de cierto modo, es mejor que la tensión a nivel estatal no sea tan fuerte, ya que de lo contrario se corre el riesgo de terminar en una guerra civil. En consecuencia, la verdadera esencia del sistema consiste en representar las contradicciones sin abrir la posibilidad de una guerra civil. En Estados Unidos, se ha experimentado este tipo de tensión con la Guerra de Secesión, ya que no era posible crear un Estado en el que coexistieran al mismo tiempo el derecho a la esclavitud (el lado derecho de mi esquema) y la abolición de la esclavitud (el lado izquierdo de mi esquema). La guerra entre los estados del Sur y el Norte constituyó entonces el momento en el que una representación unificada de contradicciones

fundamentales resultó imposible. La lección de esta feroz guerra civil es que, para evitar este tipo de desastres, resulta necesario que en la clase política se forme una especie de opinión común. Ahora bien, ¿de qué se trata, después de todo, esta opinión común? En el mundo actual, esta opinión común exige precisamente que la ley general del espacio en su totalidad (el fondo de mi esquema) sea el capitalismo globalizado. Por lo tanto, existe algo así como una ideología común, que crea una unidad formal de la representación global a nivel estatal y excluye la guerra civil. Sin embargo, se debe pagar un precio: el de conservar el principio latente de la unidad del sistema, su ley general, a saber, que ningún camino estratégico distinto al capitalismo salvaje sea posible o incluso admisible en su principio intelectual.

Como es lógico, esta complicidad entre los dos partidos, que es un punto clave de la existencia del Estado, es criticada por varios grupos de ambos lados. Algunas organizaciones, ideologías e individuos dicen: “Esta clase política no es lo suficientemente universal e igualitaria”, mientras que otros afirman: “Esta clase política no representa de manera suficiente las identidades, las jerarquías y las viejas ideas”. Por lo tanto, siempre va a poder existir algo de la izquierda en la izquierda y algo de la derecha en la derecha. Sabemos muy bien que, en la secuencia actual, el límite de la representación consensual es, del lado izquierdo, el comunismo y, del lado derecho, el fascismo. Así pues, el comunismo y el fascismo son como los bordes externos del sistema de la representación parlamentaria, ya que constituyen el límite de la tensión entre las dos polaridades fundamentales. No obstante, al mismo tiempo, comparten ciertas características con la clase política mundial. En Francia, por ejemplo, el Partido Comunista tiene representantes en la Asamblea Nacional e incluso, en 1981, se incorporó al gobierno. Pero esto lo llevó a su declive, porque estar en el gobierno era, de hecho, contradictorio con su propia existencia, que consistía precisamente en criticar el consenso que promueve la representación clásica y el poder que de ella se deriva. Lo mismo sucedió en el caso del fascismo. Por definición, el fascismo se encuentra por fuera de la representación clásica de la democracia, pero a veces se encuentra dentro del gobierno y puede incluso tomar el poder, como ocurrió justo antes de la Segunda Guerra Mundial en Alemania. Esta Guerra Mundial ha demostrado que el nazismo no era, a los ojos del liberalismo dominante, una hipótesis normal.

Estamos, por lo tanto, frente a una relación muy compleja entre dos contradicciones: por un lado, la contradicción fundamental, latente a nivel mundial, entre el comunismo y el fascismo (así es como se los ha llamado

durante la década de 1930, pero tienen otros nombres) y, por el otro, la contradicción débil, reconocida a nivel estatal, entre la izquierda y la derecha, los demócratas y los republicanos, los socialistas y los gaullistas, los laboristas y los conservadores. Entre fascismo y comunismo existe una verdadera contradicción, una contradicción irreconciliable. Sin embargo, en el centro del Estado, existe una contradicción débil, dominada por la idea común de que la estructura mundial de la sociedad no puede cambiar.

Este sistema, que es el sistema dominante en nuestros países, no puede existir si las tensiones entre los dos polos se vuelven muy fuertes, porque si la tensión externa es demasiado fuerte, resulta difícil mantener la complicidad entre los dos partidos centrales. A mi entender, hoy en día se ven síntomas de que está sucediendo algo como esto último, debido a que el capitalismo ya no es capaz de satisfacer todos los intereses que causa a nivel mundial. Y entonces, ¿qué pasa? Pasa que, por un lado, mucha gente termina diciendo que la izquierda oficial es demasiado indulgente con la derecha. Y por el otro, mucha gente de derecha termina diciendo que los partidos de derecha clásicos no representan sus intereses con vehemencia. Todo esto da lugar a una posible separación dentro del Estado. En el caso de Estados Unidos, si los demócratas (la izquierda) y al mismo tiempo los republicanos (la derecha) defendiesen con demasiado vigor sus valores, no sería fácil mantener la unidad del Estado.

En mi esquema, Trump se encuentra en la intersección entre la representación oficial y aquello que la excede. Trump es del Partido Republicano, pero al mismo tiempo representa algo que está por fuera de este: el sexismo, el racismo, la hostilidad hacia los intelectuales, un nacionalismo brutal, es decir, tendencias del fascismo. Y, aunque con más sofisticación, Bernie Sanders desempeña el mismo papel pero del otro lado. Podemos decir entonces que, de cierto modo, la verdadera contradicción durante las últimas elecciones no se dio entre Hillary Clinton –fíjense que la pongo con los demócratas en el esquema– y Donald Trump, sino entre Sanders y Trump. La contradicción que era significativa para las elecciones fue esta última y no aquella con Hillary Clinton, quien, en definitiva, era una perfecta representante del viejo partido demócrata clásico, cómplice de la élite y del capitalismo global.

En mi opinión, esta es la razón por la que, al fin y al cabo, Trump ganó las elecciones: porque encarnaba uno de los polos de la verdadera contradicción. Frente a la asimetría con Hillary Clinton, Trump pasó a estar en una posición de fuerza, aunque no consiguió de manera masiva el voto popular. La verdadera

razón de su triunfo ha sido la falta de simetría con Clinton, en una secuencia en la que, en definitiva, el propio sistema de consenso derecha/izquierda o republicanos/demócratas se encontraba en crisis. Así es como veo la situación actual.

Podemos resumir todo esto diciendo que, en el sistema “democrático”, al que yo llamo “sistema capitalo-parlamentario”, existen tres posibilidades históricas:

1. La posibilidad normal, en la que la contradicción entre la izquierda y la derecha permanece en el espacio del consenso capitalista, por lo que su complicidad alcanza para mantener la unidad del Estado en un nivel pacífico y normal. En este caso, la contradicción subjetiva mundial se representa mediante esta complicidad central sin demasiada dificultad.

2. Cuando la verdadera contradicción no es normal, se puede producir una crisis. Por ejemplo, hoy en día, en Francia, no hay una contradicción normal a nivel estatal porque la izquierda está prácticamente diezmada y todo se decide por arbitraje entre diversas facciones de la derecha. El sistema parlamentario está, por ende, en crisis. En esta segunda forma, para la gente, las elecciones no están organizadas por una contradicción visible, aunque sea a costa de un consenso oculto.

3. Por último, existe una tercera posibilidad que se produce cuando la crisis es muy grave y nos enfrentamos a un conflicto real, a una contradicción irreconciliable entre dos tendencias fundamentales, entre, por ejemplo, fascismo y comunismo. En este caso, el conflicto puede desencadenar una guerra civil.

Parecería que hoy en día el sistema democrático, en todo el mundo y no sólo en Estados Unidos, está pasando de una disposición de dos términos –dos grandes partidos que se alternan– a una de cuatro términos: la extrema derecha, la derecha clásica, la izquierda clásica y la extrema izquierda. Dicho de otro modo, ya no estaríamos lidiando con la mera oposición formal entre republicanos y

demócratas, o entre izquierda y derecha, sino también con otras diferencias, por ejemplo, entre extrema derecha e izquierda, o derecha y extrema izquierda. ¿Qué sucede entonces con el capitalo-parlamentarismo? Entra en crisis, en una crisis de toda la clase política, porque precisamente este es producto del funcionamiento normal y, por ende, de la existencia normal en el centro del Estado de la tensión "intermedia" entre izquierda y derecha.

Un síntoma de esto último lo encontramos en Francia, donde François Hollande representa una especie de masa política indistinta y la gente ya casi no llega a distinguir entre izquierda y derecha. En Estados Unidos, esta crisis es tal que la gente ha terminado eligiendo al extremista de Trump antes que a un republicano "decente". De hecho, uno de los indicios de este tipo de crisis es la aparición de personajes peculiares, difíciles de comprender, como Trump, Berlusconi o Bolsonaro, quienes, si bien son políticos, también son algo así como los nuevos gánsteres. En Italia, Berlusconi fue el primero en encarnar, en el sistema democrático, la victoria de un candidato que era abiertamente un outsider, un extraño al sistema normal. Tenía, además, las mismas características que Trump: vulgaridad, sexismo, hostilidad hacia los intelectuales, etc. En el caso de Francia, Nicolás Sarkozy también se parecía al personaje del gánster en el sentido estricto de la palabra, ya que era el jefe de una pandilla. Un día dije en la televisión que Sarkozy era un delincuente, una categoría que no es política. Pero sucede que todos estos individuos no son políticos en el sentido de la clase política ordinaria: vienen de afuera.

Por último, hoy en día, el síntoma fundamental de la crisis es la incapacidad de los dos grandes partidos de mantenerse en esa combinación de contradicciones y colaboración que preserva la unidad del Estado. En realidad, esta crisis es el resultado de la situación mundial del capitalismo y su imposibilidad de resolver los problemas de la población. Así pues, nos vemos enfrentados en este mundo a una serie de contradicciones muy difíciles, con millones de personas que erran en busca de un lugar donde vivir. Esto provoca que la colaboración normal, o la cuasi colaboración, de los dos partidos que están a la cabeza del Estado se vuelva cada vez más difícil.

Creo que, para entender todo esto, es necesario tomar cuatro términos en consideración, que resumen lo que yo llamo "la crisis actual":

1. La brutalidad y la violencia ciega del capitalismo contemporáneo, que es un retorno a la brutalidad y la violencia ciega del capitalismo del siglo XIX. ¡Relean a Dickens! Hemos vuelto, bajo nuevas formas, a la época de Dickens.

2. La descomposición de la clase política –como demuestra el esquema– nos enfrenta a la posibilidad de un nuevo fascismo… Una perspectiva oscura.

3. La frustración popular ante esta situación, el sentimiento de un oscuro desorden, la convicción de que no existe una orientación aceptable del mundo y que, sin embargo, es imposible continuar así. Podríamos decir, parodiando el final de un famoso libro de Samuel Becket, que el capitalismo no puede continuar, debe continuar y va a continuar.

Por último, la ausencia total de otro camino estratégico.

4. Según una formalización aritmética, podemos decir que, a nivel general, hemos pasado de tener dos caminos estratégicos –el capitalismo y el comunismo– a tener uno solo –el capitalismo global–, mientras que, en lo político, hemos pasado de tener dos a tener cuatro. Pero entre estos cuatro existen desigualdades y, por el momento, la fuerza más grande se encuentra del lado derecho. La posibilidad de una nueva forma de fascismo nos amenaza, con la ausencia, la terrible ausencia, de algo del otro lado.

*

*   *

Lo que yo denomino “crisis actual” es este sistema de cuatro puntos. Frente a esta situación, ¿cuál es nuestra tarea?, ¿qué tenemos que hacer? Por mi parte, creo que es indispensable que encontremos algo que se sitúe del lado de la universalidad y la igualdad: tenemos que crear algo nuevo. No podemos seguir repitiendo, debemos inventar algo. En cuanto a lo filosófico, propongo que adoptemos el nombre que ha simbolizado esta polaridad durante todo un siglo: la palabra “comunismo”. Es cierto que se trata de una palabra compleja, que históricamente se ha corrompido con frecuencia. Soy consciente de todo ello, pero, de cierto modo, podríamos decir lo mismo de la palabra “democracia”. La democracia ha representado la organización, de manera masiva y a gran escala, del imperialismo, el colonialismo y las guerras mundiales, que apilaron muertos por millones. En todas partes, esta “democracia” se alimenta de una complicidad general con el desarrollo de monstruosas desigualdades y la idea de que el capitalismo es el único camino estratégico posible.

Señalemos, de paso, que todas las palabras de la política se han corrompido. La historia es la gran corruptora de todo lo que sucede en la historia misma. Pero una palabra es sólo una palabra. Lo que necesitamos no es una palabra, sino una idea, una gran idea. ¿Qué quiero decir con una idea? Me refiero a un término filosófico, una mediación entre los sujetos individuales y las tareas colectivas y políticas, los movimientos o las organizaciones. Una idea es la posibilidad de una acción que involucre, y en la que participen, diferentes subjetividades. Es la posibilidad de que estas diferentes subjetividades –de muy diferentes posiciones sociales, de muy diferentes nacionalidades– trabajen en un movimiento común y bajo el mismo concepto. Y creo que esta idea se puede resumir en algunos puntos muy simples, que son, en realidad, los puntos adoptados por el comunismo, pero que no podemos repetir en su forma primitiva.

El primer punto es que no es obligatorio que una organización social esté basada en la propiedad privada y las desigualdades monstruosas que esta conlleva. Este punto es muy importante, ya que la propaganda del capitalismo consiste, precisamente, en decir que la desigualdad es una necesidad, que es el precio a pagar por la libertad. La voz del consenso occidental nos murmura: “No tenemos otra alternativa. Existen pruebas históricas del fracaso del comunismo y, por lo tanto, debemos regresar a la vieja y buena idea de que la propiedad debe ser la clave del desarrollo y la organización social”. Este punto siempre supone un desplazamiento del conjunto del sistema hacia la derecha, e incluso Trump es una consecuencia de esta situación, una situación ante la que, el otro lado, la izquierda, no presenta ninguna alternativa. Por eso, tenemos que crear una

verdadera oposición y afirmar que el camino capitalista no es de ninguna manera obligatorio. Tenemos que negarnos a aceptar que la única posibilidad sea el capitalismo globalizado. Tenemos que pasar nuevamente de una a dos posibilidades. Tenemos que volver a sostener con firmeza que hay dos caminos estratégicos y no sólo uno. Tenemos que organizar experiencias que demuestren que la producción y la vida social pueden organizarse bajo una forma distinta a la de la dictadura de la propiedad privada. Tenemos que dejar claro que no es cierto que la propiedad privada y las monstruosas desigualdades deban representar para siempre la ley del devenir de la humanidad.

El segundo punto es que no es necesario que el trabajo humano esté dividido entre actividades nobles, como la creación intelectual o las labores de dirección, y el trabajo manual o las actividades relacionadas con la vida material común. La especialización del trabajo no es una ley ineludible de la organización de la producción. Debemos trabajar para que, a largo plazo, desaparezca la oposición entre trabajo intelectual y trabajo manual. Debemos reconciliar la humanidad no sólo en los niveles superiores, sino en el nivel del trabajo, de lo que se hace día a día.

El tercer principio, que se opone a la derecha, es que, para los seres humanos, no es necesario estar separados unos de otros por fronteras nacionales, raciales, religiosas o sexuales. La derecha objeta a esto que la igualdad es imposible porque existen muchas diferencias entre los individuos. “Por naturaleza –dicen– algunos son inteligentes y otros son estúpidos”, etc. Así, la lucha contra la igualdad se sitúa en el terreno de las identidades: tu identidad es ser rico, inteligente, blanco y bueno, o tu identidad es ser negro y malo. Existe, por ende, una estrecha relación entre el culto de la identidad y la oposición a la igualdad. Por eso, tenemos que afirmar, desde una posición dialéctica y filosófica, que la igualdad debe existir por encima de las diferencias, es decir, que las diferencias identitarias no deben impedir la igualdad. La igualdad debe convertirse en una dialéctica de la diferencia en sí misma, ya que la capacidad creativa de la diferencia radica en la igualdad. Debemos rechazar la creencia de que, en nombre de las diferencias, la igualdad es imposible. La desigualdad no es en ningún caso una ley natural. Con esto quiero decir, en concreto, que las fronteras y los rechazos del otro, bajo cualquier forma, deben desaparecer por completo.

El último principio es que no necesitamos un Estado que se presente bajo la forma de una potencia separada y armada. Podemos, en cambio, avanzar en la dirección de lo que Marx llamaba una “libre asociación”, es decir, la idea de que

todo lo relativo a la vida de las personas y su futuro puede discutirse de manera apropiada en reuniones participativas.

Estos cuatro puntos pueden resumirse fácilmente: es el colectivismo contra la propiedad privada, el trabajo polimorfo contra la especialización, el universalismo concreto contra las identidades cerradas y la libre asociación contra el Estado.

Me gustaría subrayar que estos no son más que principios y no un verdadero programa. Pero, con estos principios, podemos juzgar todos los programas, decisiones, partidos e ideas políticas. Al tomar una determinada decisión, un gobierno o una autoridad dada podrá preguntarse: "¿esta decisión va o no en la dirección de los cuatro principios?". Estos principios constituyen el protocolo de juicio de todas las decisiones, ideas y propuestas que intervienen en el campo político. Si una decisión o propuesta va en la dirección de los cuatro principios, diremos que es buena y podremos considerar si es viable o no. Si va abiertamente en contra de los principios, será una mala decisión, una mala idea o un mal programa. De esta manera, podemos tener, en el marco de una nueva visión estratégica, un principio de juicio en el campo político y en la construcción de un nuevo proyecto de sociedad. El principio de juicio hace posible una visión verdadera de lo que es la nueva dirección estratégica de la humanidad como tal.

Volvamos ahora a la situación real. En un punto, Bernie Sanders propuso construir algo así como un nuevo grupo político bajo el nombre "Nuestra Revolución". Sin embargo, me da la impresión de que, en los últimos tiempos, Sanders ha decidido regresar a los juegos y acomodos del Partido Demócrata. Como conclusión, permítanme decir que podría apoyarlo en el primer caso, pero sin duda no en el segundo.

Empecé hablando sobre la victoria de Trump y voy a terminar hablando de la victoria de Trump. La victoria de Trump, entendida como síntoma, debería abrir nuevas oportunidades para las ideas inherentes a la expresión utilizada por Sanders: "Nuestra Revolución". Con nuestros principios, podemos tener una idea aproximada, en lo que respecta al juicio, de la posibilidad de algo de esa índole. Por qué no decir: "Sí, hagamos 'nuestra revolución' en contra de lo que Trump simboliza: la reacción, la violencia ideológica y la descomposición imperialista del sistema político". No obstante, tenemos que ser claros con las palabras. La palabra "revolución" debe ser entendida como un proceso en

armonía con los cuatro principios. Debemos verificar, caso por caso, si lo que se propone va en la dirección correcta. Por otro lado, ¿qué quiere decir "nuestra revolución"? En relación con una organización colectiva fuerte, "nuestra" no puede significar "todo el mundo". No puede significar Trump, por ejemplo. Pero sí, "nuestro" colectivo debe ser fuerte y coherente, incluso si, al comienzo, sólo reúne a unos pocos intelectuales, a numerosos jóvenes y a quienes podemos llamar representantes del "proletariado nómada" de nuestro tiempo, aquellos trabajadores y desempleados que erran por todas partes del mundo. Si logramos esta alianza entre intelectuales, jóvenes y trabajadores nómadas, junto con los cuatro principios como base, podemos tener esperanza. Este es el tipo de cosas que debemos inventar y crear. El sistema político dominante no puede construir por sí mismo un lugar para "nuestra revolución". Además, como vieron en mi esquema, la izquierda representa el límite del sistema. Por ende, debemos crear algo por fuera del sistema tal como lo conocemos.

Este es un desafío muy difícil de concretar hoy en día, lo sé, pero creo que, ante la victoria de Trump, debemos decirnos a nosotros mismos: "Un solo mundo, un solo coraje".

Dos semanas después de la elección de Trump.

Universidad Tufts, Boston.

POR UN COMUNISMO REAL

Razonablemente se puede afirmar que el actor Donald Trump no ha decepcionado al público electoral en su gran papel como presidente de Estados Unidos. No ha renunciado a ninguno de los aspectos de su temperamento ardiente: bromas vulgares, cambios bruscos, insultos marcados por un nacionalismo revanchista y un racismo apenas disfrazado, diplomas de autosatisfacción otorgados por él mismo a él mismo a través de Twitter durante las mañanas, despidos arrebatados de sus asesores supuestamente más cercanos, amenazas apocalípticas contra sus odios obstinados –Irán, por ejemplo, pero también contra la inmensa multitud de proletarios nómadas de América del Sur–, giros de ciento ochenta grados en casos complejos –como con Corea, por ejemplo–, fotomontajes de su cara con el cuerpo del boxeador Balboa, tan hábil en el ataque como en la defensa, aunque a veces este Rocky da golpes al vacío contra el presidente chino, su rival más codiciado… Sí, se mueve en la arena política, odia a la prensa –pero a la vez la ama y por eso la convoca para comunicar todas sus absurdas intenciones–, vela por sus ingresos privados, atraviesa mares y continentes para imponer su silueta masiva, sus trajes azules y sus pelos despeinados ante un público consternado; corre y corre, está por todos lados, vociferante o edulcorado… Ese es el presidente de Estados Unidos.

Como sabemos, este tipo de personajes presidenciales, que hoy en día se está extendiendo por el mundo, saca partido de aquella contradicción central de la que nosotros somos testigos abatidos: la contradicción entre una oligarquía transnacional, que controla el proceso de acumulación y concentración del capital, y un poder político, encargado de someter al pueblo a este proceso mundial que, sin embargo, todavía se ejerce en su mayor parte al estrecho nivel de las naciones. La universalidad abstracta de la moneda, simbolizada aún por el poder inalterado del dólar, se enfrenta en todo el mundo –salvo en Estados Unidos– con intereses populares que los políticos fingen apoyar.

Un caso típico de esta estructura me ha llamado especialmente la atención: el servilismo de los Estados europeos, las instituciones europeas y las empresas transnacionales con sede en países europeos en lo que concierne a las relaciones entre Estados Unidos e Irán. Hagamos memoria: de manera totalmente unilateral, una mañana Trump decidió retirarse del acuerdo nuclear de Irán, que había sido firmado por el mundo entero, y declaró que cualquiera que siguiera haciendo negocios con Irán sería castigado con represalias basadas en la supremacía financiera del dólar. En resumen, el “culpable”, aquel que continuara respetando su firma al pie de un acuerdo internacional, no tendría acceso al

mercado de inversiones en dólares. Uno podría imaginar que frente a este único movimiento, los Estados y las empresas involucradas harían caso omiso a esta imposición a la vez caprichosa e ilegal. Pero no, ¡nada más lejos de la realidad! Se quejaron, sí, gruñeron un poco, pero luego se calmaron. La mayor multinacional "francesa", Total, y la mayor empresa industrial, Renault-Nissan, hicieron las valijas y abandonaron Teherán. Y luego, tras unos pocos llantos discretos por lo que nos impone la alianza sagrada de las "democracias" occidentales, se hizo el silencio. Aquellas democracias que, a sus propios ojos, sólo son "libres" en la medida en que aceptan indefinidamente comportarse, con Trump o sin Trump, como sirvientes de Estados Unidos.

Este hecho muestra con claridad aquello que autoriza en todas partes del mundo (en Italia, Hungría, Brasil, Filipinas, India, Polonia, así como en muchos otros países, incluso en la Inglaterra del Brexit) la llegada a la escena política de estos medio locos, medio gánsteres, fanáticos religiosos o nacionalistas con mentes obstruidas: una tropa política abigarrada que tiene a Trump como emblema dominante. El parlamentarismo tradicional, con su izquierda de derecha y su derecha de derecha, ya no es capaz de ocultar a su clientela electoral la sumisión universal de los Estados al capitalismo financiero que gobierna nuestro mundo. La terrible amenaza es que, para todo el mundo, se está haciendo evidente la observación que hizo Marx hace casi dos siglos: los gobiernos "democráticos" son los apoderados del capital. Así pues, es indispensable para el parlamentarismo evitar que esta evidencia se imponga de manera universal. Para lograr eso, lo mejor es que el poder político local esté constituido por aventureros violentos, personajes extravagantes –por así decirlo– de la extrema derecha. En la escena estatal, estos nuevos actores adoptan sin problema las reglas universales de la sumisión económica al capital y, ante cuestiones secundarias (sexuales, domésticas, deportivas, lingüísticas, indumentarias…), agitan la apolillada bandera de la tradición, el repliegue, las identidades perdidas y la terrible amenaza que representa, para todo este legado obsoleto, el incontenible flujo de "migrantes", sustantivo reaccionario con el que se etiqueta a los proletarios nómadas.

Para llevar a cabo esta tarea –el nacionalismo dictatorial como instrumento de sumisión a las leyes mundiales del capital moderno–, la infantería de los gánsteres politizados, en Brasil por ejemplo, resucita como enemigo principal al comunismo, que prácticamente no existe en ningún lado, ¡ni siquiera como idea! Lo que se trata de garantizar es que ese famoso enemigo no sea nunca ni en ningún caso el capitalismo, el cual, al contrario, sí tiene el defecto de ser un

enemigo muy real de la humanidad entera. En este aspecto, la tropa abigarrada de nuevos fascistoides sigue de manera disciplinada al mariscal Trump, quien recientemente ha declarado que “Estados Unidos nunca será socialista”. Lo que, después de todo, es muy posible. Quizás el nuevo comunismo se imponga mundialmente sin que sea necesario pasar por un socialismo yanqui. La verdad, a veces, sale de la boca de un mentiroso profesional.

Finalmente, el carácter racional de la llegada al poder en los Estados nacionales de los Trump, Bolsonaro, Orbán, Duterte o Narendra Modi –así como de los Salviani, Boris Johnson o Sarkozy– radica en el deseo de que el culto a la identidad local y sus complementos obligados (racismo, sexismo, agresividad militar, policía omnipresente y corrupta, delimitación del territorio, xenofobia obsesiva…) se pongan al servicio de la protección de lo real y, específicamente, de la inclusión de todo este desorden ideológico en el tejido de un velo local que disimule la omnipotencia total de las leyes del capital moderno.

Y es por no quitar ese velo y poner al desnudo la política de Trump que las tentativas del Partido Demócrata y de algunos medios locales para desenmascarar al histrión han fallado por completo. Los actores de estas tentativas creyeron que con poner al descubierto algunas aventuras pintorescas, un par de flagrantes corrupciones y el nepotismo digno del Imperio Romano decadente alcanzaría para matar a la bestia. Así, se le han atribuido varios escándalos: acostarse con una stripper; beneficiarse, a través de las redes de Internet, de los servicios del Estado ruso para ganar las elecciones; mezclar los dólares del Estado con sus dólares de millonario; dar muestras, en diversas circunstancias, y sobre todo con mujeres de la Cámara de Representantes, de xenofobia racial y misoginia, y así sucesivamente. Puede que todos estos “escándalos” sean ciertos y, si no lo son, otros –sin duda más graves– deben serlo y por eso no los conocemos. Pero ese no es el punto: el quid de la cuestión es que todo esto no afectó en nada el desdén del presidente. ¿Por qué? Porque toda esta acumulación de escándalos tiene, en realidad, grandes ventajas políticas: sirve para disimular de manera inmediata lo esencial, a saber que cuando el parlamentarismo tradicional se encuentra en crisis, se requiere y se necesita gente como Trump. ¿Por qué? Para poner la atención de la gente en supuestas “violaciones de la democracia” sin nunca traer a colación el núcleo del problema, es decir, la sumisión general de todas las “democracias” de la Tierra al proceso mundial de concentración del capital y a la destrucción de la naturaleza y de las sociedades que acarrea este proceso.

Después de todo, la virtud de Trump, aún bastante desconocida, consiste en hacernos abrir los ojos sobre lo esencial. Que este personaje esté a la cabeza de la mayor potencia capitalista del mundo debería llevarnos a preguntarnos: ¿de qué es síntoma Trump? Sobre todo cuando se sabe que la economía de Estados Unidos se recuperó y se consolidó durante los primeros años trumpistas y que el país está en equilibrio. Es evidente, por ende, que a pesar de sus caprichos y su total desprecio –después de todo, paradójicamente justificado– por el "democratismo" occidental, Trump ha sido útil para su país, al menos si se considera, como hacen todos los gobiernos "democráticos" del mundo, que Estados Unidos y el dólar son la última ciudadela, el escudo fundamental del capitalismo moderno y, por ende, de lo que los charlatanes franceses de la "nueva filosofía" llaman los "valores no negociables" de nuestro agotado Occidente. Trump también ha iniciado, en términos bastante positivos, aunque con su inimitable estilo, la indispensable guerra económica contra su gran rival, China, que parece ser una etapa previa a la guerra propiamente dicha, para la cual se están preparando, de manera más o menos secreta, todos los Estados del mundo que tienen los recursos.

En definitiva, poner al descubierto el sentido de la "profunda noche" electoral con la que hemos comenzado y descubrir a Trump es, para decirlo sin rodeos, enfrentar la obligación de oponer al capitalismo globalizado, ya no gestos morales o "democráticos" ni reivindicaciones liberales o libertarias, ni tampoco movimientos simpáticos o vanos, sino una idea, a partir y alrededor de la cual crear programas, organizaciones y grandes movimientos. Una idea que llegue incluso a afirmar que debemos salir, no sólo del trumpismo y del capitalismo moderno, sino del amplio período de la existencia humana que comenzó hace ya varios miles de años con la revolución neolítica. Período en el que se impuso la propiedad privada y todo lo que ella implica: las tierras primero, luego los poderosos medios de producción, la transmisión familiar de las riquezas generadas por esta propiedad y, finalmente, el poder armado de los Estados, encargados tanto de mantener este sistema como de disimular, tras la máscara del nacionalismo o de la democracia, que dicho mantenimiento es su único objetivo estable.

Esta idea, que Trump y su tropa deberían hacer más necesaria que nunca –aunque son una prueba viviente de lo contrario– es, como sabemos, de Marx, a quien me gustaría dedicarle los últimos párrafos, sin dejar de reconocer que, dados sus respectivos niveles, el salto de Trump a Marx es un poco acrobático.

Debido a que se suele olvidar que el verdadero título del Capital es Crítica de la economía política, a menudo Marx es reducido a un pensamiento analítico de la organización económica de las sociedades. Como consecuencia, ha terminado siendo, junto con sus enemigos de siempre, un autor de la formación académica en ciencias sociales. Esta academización de Marx ha contribuido a separarlo de sus verdaderos descendientes –Lenin, Mao e incluso Castro– y, por ende, a liberarlo del destino de maldito "totalitario".

Pero la vida, acción y escritos de Marx demuestran lo contrario. El objetivo que perseguía sin descanso era el nacimiento y desarrollo de una organización internacional del proletariado. Con Engels, ha sido –como más tarde lo fueron Lenin con Trotski, Mao con Zhou EnLai, Castro con el Che Guevara– el militante, el dirigente, de los esfuerzos para alcanzar ese objetivo en las condiciones de su época, cuando la idea recién estaba surgiendo. Este surgimiento también dio lugar a su denominación, al menos a aquella cuya carrera ha sido la más viva: la idea comunista, que llevó a Marx y Engels a escribir y publicar el Manifiesto.

Me gustaría citar aquí dos pasajes del Manifiesto que, en mi opinión, concentran la orientación fundamental que aún nos vincula con Marx, incluso mientras hacemos el balance de nuestra meditación sobre Trump.

La primera es:

Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros. No tienen intereses propios que se distingan de los intereses generales del proletariado. No proclaman principios especiales a los que quisieran amoldar el movimiento proletario. Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y por otra parte, en que, en las diferentes fases de desarrollo por las que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto.

Y la segunda:

En suma, los comunistas apoyan en los diferentes países todo movimiento revolucionario contra el estado de cosas social y político existente. En todos estos movimientos, ponen en primer término, como aspecto fundamental, la cuestión de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos desarrollada que esta revista.

En resumen, el militante de la idea participa en todos los movimientos en los que la subjetividad dominante parece representar una oposición real al orden capitalista dominante. Sin embargo, observa e intenta por todos los medios que en estos prevalezcan los siguientes tres principios:

1. El internacionalismo, que impide que el movimiento abra paso al nacionalismo, a la mención, por ejemplo, de “Francia” y sus intereses, o al culto, en el que incluso cayó Obama, de Estados Unidos como la “nación más poderosa del mundo”. Mucho menos se podrá tolerar cualquier huella de colonialismo: racismo, islamofobia y demás ingredientes de la reacción contemporánea.

2. La subordinación de una necesidad táctica a la estrategia general, el “movimiento en general”, que se propone, en primer lugar, debilitar y finalmente destruir el orden capitalista y burgués. Se evitará cualquier forma de apoyo constante, sobre todo electoral y sindical, a fuerzas cuyo único objetivo es indudablemente alcanzar posiciones de poder dentro del orden dominante. En particular, no se hará uso alguno de la categoría bajo la que se presentan todas las traiciones, a saber, la categoría electoral de “izquierda”.

3. La cuestión de la propiedad burguesa y de la absoluta necesidad de su abolición. Marx indica que este principio debe prevalecer cualquiera sea la forma, más o menos desarrollada, que (la propiedad) revista. Hoy en día, esta

forma es literalmente extremista: en el mundo, un centenar de personas acumulan la misma riqueza que las demás dos mil millones. El único objetivo del gobierno de Macron en Francia, por ejemplo, es alinearnos con este tipo de norma. De ahí la necesidad militante de afirmar, en todo movimiento actual, un rechazo total no sólo de las privatizaciones en curso (de la universidad, la SNCF [Sociedad Nacional de Ferrocarriles], los medios, los hospitales…), sino de todas aquellas que tanto la derecha como la izquierda han impulsado desde, por lo menos, 1983. Es preciso proponer nuevas formas de apropiación colectiva de los bienes públicos, principalmente de la enseñanza, la salud, el transporte, la comunicación (correo, teléfono y redes de Internet), la energía y el agua potable.

En el contexto de la lucha entre el camino capitalista, hoy en día dotado de un poder sin precedentes, y el camino de la idea a reconstruir, Marx no sólo nos indica cuál debe ser el marco de nuestro pensamiento sino, sobre todo, cuál debe ser la orientación general de nuestras acciones.

Antes he dicho que personas como Bolsonaro en Brasil resucitan la amenaza comunista para justificar su criptofascismo y que incluso Trump se refirió al “socialismo” como el diablo político en persona. Tomemos estos indicios en serio y renombremos la idea, devolvámosle su nombre estratégico. ¿Acaso Bolsonaro quería acabar con un comunismo inexistente? ¡Pues que se interponga en su camino, así como en el de todos los apoderados del viejo mundo, un nuevo comunismo, pero bien real esta vez!

Tres años después (o casi…) de la elección

de Trump como presidente de Estados Unidos.